

ESTUDIOS ARTISTICOS.



Esopo, buscando un hombre.—Composicion de Juan Luyken.

SEGUNDA SERIE.—1837.

AÑO IV. 34.

JUAN LUYKEN.

CUADRO DE EL ESOPHO Y EL CRISTO.

Cuenta Fedro que un día Esopo con una linterna en la mano atravesaba un mercado.

Le preguntó un burlon, ¿qué hacía con aquella luz en la mitad del día?

—Busco un hombre, respondió Esopo.

A esta fábula de Fedro, intitulada *Esopo y un hablador*, debió Juan Leyken la primera idea de su composición. La ha agrandado, mejorado y ennoblecido, introduciendo en ella por una parte, esos diversos personajes con cabezas de animales, cuyas facciones, ó estúpidas ó feroces, revelan la bajeza ó brutal malicia de sus instintos, y por otra parte la figura del Salvador que aparece en lontananza, brillante en una aureola de dulce luz, y cuya divina moral viene á elevar el alma sobre las pasiones que deificaban las creencias paganas.

Juan Luyken nació en Amsterdam en 1649, y murió en la misma ciudad en 1712. Su afición natural, le inclinó al estudio del dibujo. Entró primero en el estudio de Martin Zaagmolen, pintor poco conocido, y citado únicamente en algunas bibliografías y algunos raros catálogos de cuadros en venta. Empero pronto abandonó la pintura para consagrarse exclusivamente al grabado. Lejos de dañar este aprendizaje á Luyken, le sirvió muy singularmente en lo sucesivo, y á estos primeros estudios hay que atribuir la vena y facilidad que caracterizan sus numerosos grabados.

Imposible nos sería citar todas las estampas debidas al buril de Juan Luyken. Algunos bibliógrafos le comparan por la fecundidad á Sebastian Leclerc, á Estéban de la Belle, y á Romano de Hooghe. A pesar de su grande predilección por las composiciones sagradas, gustábale á Luyken tratar los asuntos históricos y emblemáticos. Entre las composiciones mas considerables que inventó y que grabó citaremos: *El teatro de los mártires desde la muerte de Jesucristo hasta el presente*, representado en grabados muy hermosos en talla dulce por el célebre Juan Luyken: se vende en Leyden en casa de Pedro Vandeer-Haa, ciento quince láminas: *la historia universal desde los tiempos mas remotos hasta nuestros dias: ciento cincuenta y cinco láminas*, y por último, *las figuras del Antiguo y Nuevo Testamento*, levantado y grabado por Juan Luyken. Esta última colección es seguramente la mas importante obra de Juan Luyken.

Se nota en sus numerosas composiciones una ciencia y una piedad que denotan una inteligencia muy vasta. Se

ve vivir y moverse en aquellas láminas millares de personajes que todos están muy bien en su puesto, y hacen lo que debían hacer. Es increíble el número de animales y hombres, por ejemplo, que hay en las célebres láminas de las plagas del Egipto: el mas paciente investigador no puede llegar á contar las cabezas que hay en estos grabados. Pero si Luyken compone bien, tiene tambien un grave defecto que no debemos omitir: no sabe poner sobre los rostros de sus personajes ninguna inteligencia; todos tienen la nariz larga y puntiaguda, los ojos espantados, la boca abierta y desdeñosa; y el que ha visto uno de sus personajes los ha visto todos: hubiera necesitado otro artista para dibujar los asuntos que él componia.

Ademas de estas grandes colecciones ha grabado Luyker un cierto número de planchas aisladas que presentan un verdadero interés bajo el punto de vista histórico. La Francia, donde evidentemente ha vivido algun tiempo, aunque ningun bibliógrafo haga mención de esto, le ha suministrado muchas composiciones interesantes. Entre estas últimas debemos citar. *La promulgación del edicto de Nantes*, 1599: *el asesinato de Enrique IV*, 44 de mayo de 1610; lámina que grabó con su hijo, y que está firmada por los dos. *La muerte del mariscal Turenna*, 1665; y por último, *La revocación del edicto de Nantes*, 8 de octubre de 1685; pieza grabada por Juan Luyken, solo, con una finura y un talento notabilísimo, tanto mas digno de fijar la atención, cuanto en aquella lámina no se ha descuidado nada en los rostros ni en la composición, pudiéndose decir que la fisonomía de sus personajes, no es tan negligente como lo es de ordinario, y que cada individuo está bien caracterizado.

El retrato de Juan Luyken ha sido grabado muchas veces. F. Muller, en su excelente catálogo de retratos neerlandeses indica tres, de los que uno ha sido dibujado tal vez por Miguel Muscher: los otros dos, son grabados por Slwiter. Una copia de este retrato ha sido hecha sobre madera para la vida y las obras de los artistas holandeses, publicada en Amsterdam en 1843.

Juan Luyken tenía un hijo, Gaspar Luyken, nacido en Amsterdam en 1660.

Había sido Gaspar educado por su padre, y aun grabó algunas veces con él: su buril es pesado y torpe, incorrecto y monótono su dibujo. Murió este artista antes que su padre, y había trabajado mucho para los libreros de Holanda. Es probable que se hayan confundido aun hoy las obras de Gaspar con las de Juan, al ver que en la obra reciente publicada por Huber y Rost, *Manual de los aficionados al arte*, se atribuyen á Gaspar Luyken una porción de obras de que nosotros no teníamos noticia que fuesen suyas.

SANTOS GONZALEZ.

ESTUDIOS BIOGRÁFICOS.

GOËTHE.

El año 1832 vió desaparecer grandes ilustraciones intelectuales. La Francia perdió á Cuvier, la Inglaterra á

Walter Scot, la Alemania al augusto patriarca de su literatura Juan Woelfgan Goëthe. La vida de Schiller, que era poeta y hombre de génio, aun en las circunstancias mas vulgares de la existencias positiva, no fué sino una larga tempestad. La de Goëthe, al contrario dejaba su imaginación y su talento al dejar su pluma, y era un hom-

bre comun en las relaciones ordinarias de la familia y la sociedad, y su vida fué la mas pura y serena. Goethe no ha sufrido la ruina de su génio, padecimientos íntimos, desgracias de carácter, exhalaciones de sensibilidad, transportes de amargura y locura contra el mundo: nada le ha impedido saborear la gloria que le habia producido su magnífica felicidad. Prodigiosamente admirado fué perfectamente feliz, incesantemente feliz, durante su larguísima carrera. Esta constancia invariable de la fortuna, que acompaña tan rara vez á las celebridades literarias, es lo que mas choca en la existencia de Goethe. Así, es una ingrata tarea la de contar una vida donde faltan los incidentes dramáticos, los hechos nuevos, los contrastes interesantes y todos los elementos, en fin, de unas noticias biográficas.

Nació Goethe en Francfort-sobre-el Mein el 28 de agosto de 1747. Hijo de un jurisconsulto bastante célebre fué destinado por su padre al foro y estudió la jurisprudencia en Leipsick despues de haber recibido una educacion tan sólida como brillante.

Habiendo tomado la borla de doctor en Strasburgo en 1771, abrió el estudio como jurisconsulto en Wetzlar. Empero su viva y poderosa imaginacion le llamaba á trabajos menos áridos y menos limitados que las discusiones sobre puntos de hecho ó de derecho, y los *padecimientos del jóven Werter*, bastante populares aun en Francia por haber recibido allí la afrenta, ó si se quiere mejor, por haber sufrido allí el honor de una parodia, vinieron á conmover toda la Alemania. El éxito, el entusiasmo y las lágrimas que obtenia su primera obra no podian menos de anunciar á Goethe que la carrera de las letras era su verdadera vocacion. No descansó ya su pluma y asombró al mundo literario con la fecundidad y variedad de sus creaciones. Ciencias físicas, historia natural, bellas artes, tragedias, comedias, óperas, proverbios, novelas, poemas épicos, baladas, canciones, todos los asuntos fueron abarcados por la vasta inteligencia de Goethe, todas las formas se combinaban en la maravillosa agilidad de su talento. Si fué infatigable en crear, tambien fue infatigable la admiracion pública en seguirle. Sesenta años de creaciones literarias; lejos de agotar las tiernas é interesantes simpatías que la Alemania habia consagrado al autor de *Werter*, no hicieron mas que exaltarlos en cierto modo hasta llegar á un fanatismo religioso. «La influencia de este autor, dice Mad. Stael, es extraordinaria, y la admiracion por Goethe es una especie de cofradía cuya palabra de órden sirve para hacer conocer los adeptos entre sí. Cuando los extranjeros quieren tambien citarla son rechazados con desden si ponen alguna restriccion á sus elogios, si se permiten examinar obras que sin embargo ganar mucho con el exámen.» Una ciega admiracion escitada anticipadamente bajo la fé del nombre, tal era en efecto el sentimiento esclusivo con que todo alemán recibia aun nueva produccion de Goethe: criticar á Goethe hubiera sido un crimen de lesa nacion de que hubiera hecho justicia el sable de cualquier estudiante.

Weimar fué el trono desde cuya altura Goethe durante su vida reinó con una pacífica magestad sobre el mundo literario. El favor y amistad del duque de Weimar le habian llevado allí desde el año 1780. En Weimar fué donde murió el 21 de marzo de 1832 colmado de honores y dig-

nidades, despues de haber abandonado únicamente la ciudad para recorrer la Alemania, Suiza é Italia. Allí se deslizaron pacíficamente sus largos años en una profunda monotonía de gloria y felicidad, recibiendo en tributo la adoracion de toda la Alemania, el afecto de todos los hombres ilustres, la consideracion de los príncipes y el homenaje de los viajeros extranjeros que acudian á visitarle. Así Weimar era la corte, segun sus escritos que pinta muy bien la vida de Goethe, del génio. Preciso era ver con que veneracion era pronunciado su nombre. Su casa era como el templo y el *Palladium* de la ciudad. Resto de aquellas pequeñas capitales de la Alemania del siglo XVIII, Weimar en Goethe conservaba con un religioso cuidado aquel último resto tambien del gran siglo literario. Weimar habia sido hecha para Goethe como el pedestal para la estatua. Jamás hubo inteligencia mas cordial. En Weimar existian aun los hábitos, las ideas, el tono del siglo XVIII; era una ciudad de otra época donde vivia tambien un hombre de otra época. En efecto, Goethe no es del siglo XIX, de este siglo agitado y violento en donde se combate y se muere por las ideas, es un hombre del siglo XVIII, es el hombre de las letras por excelencia, indiferente á la política, sin cuidarse del fondo de las cosas, pero enamorado de la forma artística mas filosófica. No se sacrificó, como Voltaire, al triunfo de una idea, no se propuso un objeto social. Goethe es el cantor de todas las ideas. Su imaginacion, cual el espejo de un hermoso lago, refleja á su vez las nubes que pasan en el cielo del espíritu humano, todos los matices de nuestras opiniones. La antigüedad y la edad media, las transformaciones por que pasan y la fé que las caracteriza, todo esto es hermoso, todo esto es el mundo.

Por eso Goethe canta en su admirable lenguaje todo esto. Es inmenso y variado como el universo, es verdad; pero el universo que Dios gobierna tiene un pensamiento y un objeto: Goethe segun nosotros, no lo tiene. ¿Qué ha querido hacer? ¿Qué ha hecho? ¿Qué objeto social y político ha dado á la literatura de su país? Ninguno. La literatura francesa del siglo XVIII caminaba hácia la revolucion de 1789: este era su objeto, esta fué su obra. ¿De qué instituciones, de qué sucesos ha sido causa la literatura alemana? Goethe creia que el mérito que él reivindicaba era que en sus estudios y en sus libros buscaba y hallaba siempre la idea nueva del pensamiento nuevo. Este juicio es pues de imaginacion. Goethe es nuevo en todas las cosas porque no ha tomado partido sobre nada. Jamás hubo talento menos sistemático, jamás hubo un talento mas creador y variado. Mad. de Stael ha considerado con no menos exactitud el génio de Goethe bajo otro punto de vista. «Podria él solo, dice, representar la literatura alemana entera, no porque no hubiera escritores superiores á él bajo otro concepto, sino porque él solo reunia cuanto distingue el espíritu alemán, siendo además notable por su género de imaginacion de que los ingleses, italianos y franceses no puedan reclamar alguna parte. Se encuentra en él una gran profundidad de ideas y gracias que nacen de la imaginacion, una sensibilidad fantástica á veces, pero hecha por lo mismo para interesar al lector.»

Si los extranjeros no han admirado á Goethe, cuyas novelas y libros no conocian, hasta el fanatismo alemán,

han hecho, sin embargo, justicia al ilustre literato. Todos los viajeros iban á visitarle á Weimar, todas las academias de Europa le habían abierto sus puertas. El Instituto se honraba de contarle entre sus miembros correspondientes,

y Napoleon en Erfurth se había quitado la cruz de la legión de honor que llevaba en su casa para condecorar el pecho del héroe literario de la Germania. Fué una calamidad pública para la Alemania y un acontecimiento



Goethe.

para el mundo literario la muerte de Goethe, objeto de tanto respeto y amor. Los soberanos de Weimar que perdían la mas grande adquisicion de sus estados, abrieron al poeta el sepulcro de la familia. Francfort y otras ciuda-

des de Alemania han levantado una estatua á aquel hombre á quien Weimar tenia como un semi dios, á aquel hombre que la envidiaban todas las ciudades de Alemania.

JOSE MUÑOZ GAVIRIA.

EL COLUMPIO.

Ese columpio improvisado en la rama de un árbol en el que se mece un niño, es uno de los dibujos mas divinos de Staal. ¡Ah! Si yo fuese niño adormido en esta nueva cuna, no lloraria; escucharia en silencio la cancion de mi madre, el balancin de la péndola de la casa, los pajarillos que gorjean, el viento que susurra en las hojas sobre mi cabeza,

el agua que cae en el pilon de piedra; soñaria en los pajarrillos que picotean la paja del patio en medio del caballo blanco que pasaba hace poco, é iba á la pila á beber, y adelantaba su soberbia cabeza como para abrazar al niño, pero la madre le separa con la mano: no pensaria en los lobos: se habla frecuentemente de ellos, pero no vienen jamás sino



El columpio.

de noche, cuando la puerta esta cerrada: ladra el perro, el padre coge la escopeta y escapa: el niño no tiene miedo á nadie, su madre está pronta á velar al lado suyo; y su padre es mas fuerte que todo el mundo.

No se oyó mas al niño. Sus tiernas popilas estaban me-

dio cerradas: la hermana se alejó poquito á poco; la madre se hizo la dormida.

Volvió á abrir los ojos; miró á la madre, murmuró su nombre; y esta vez se quedó enteramente dormido.

FACUNDO MIGUEZ.

ESPAÑA CABALLERESCA.

EL GARDUÑO.

Toda historia tiene algo de novela.
Toda novela tiene algo de historia.

I.

LA GARDUÑA.

La luna alumbraba con sus plateados rayos las calles de Madrid. La campana del convento del Rosario acaba de llamar á los fieles al antiguo convento que tenían los frailes dominicos en la calle Ancha de San Bernardo. Concurrían á él varias damas rebozadas en sus mantos, y no pocos galanes, que mas que por devoción por galantería, las acompañaban. Las iglesias eran en los tiempos de Felipe IV sitios adonde acudían los amantes, y la disolución de las costumbres hacia muy poca diferencia entonces para los galanteos entre los templos y los teatros.

En el dintel de la puerta de una de las mas suntuosas casas de la calle de San Bernardo, alumbrada al débil resplandor de un enorme reverbero se veía echado un hombre anciano, con todas las trazas y trage de un mendigo. La mendicidad era en aquella época, y ha continuado siendo en España, una condicion de las mas respetadas y lucrativas.

Entre las gentes que se dirigían á la iglesia del Rosario, se presentaron dos jóvenes de agraciado rostro y gentil apostura.

—¿Por que me haces abandonar, le dijo el uno al otro, el agradable sitio en que nos hallábamos? Margarita cantaba como una loca; no he visto actriz mas cumplida, y cuando ella sale en las comedias famosas de un ingenio de esta corte, que sabes que son de Felipe IV, llena los corrales, y hay quien dice que la llamarán á representar en el Buen Retiro; y todo esto para venir á oír un sermón y rezar un rosario.

—Oyeme: sabes que mi madre vive en aquella casa; y al mismo tiempo señalaba la casa en cuya puerta estaba echado el mendigo.

—Pues entremos á verla.

—¿Qué!... la condesa y doña Juana están ahora en el Rosario.

—Pues entonces volvámonos á casa de Margarita: acabaremos de pasar allí la noche; allí nos aguarda el rico Jerez, y en el fondo de las copas se ahogan todos los pesares del mundo.

—¡Imposible!

—Pues entonces, si te propones entrar en la iglesia entra tú solo... te aguardaré. No estoy para sermones. Además, si encontramos á la condesa no podremos hablar seriamente de virtud y devoción... nos vamos á reír con mirarnos.

—¡Vuélvete á casa de Margarita! le contestó con impa-

ciencia don Federico de Zúñiga á su amigo y compañero de placeres don Fernando de Tavira.

—Bien, pero acabemos, le replicó éste, ¿no me dirás la causa de tu tristeza? Tú el joven mas alegre de la corte, has tenido una gran metamorfosis, ¿tendré que adivinar yo la causa?

—Te reirías de mí, contestó con amargura Federico.

—No á fé mia; yo juzgo siempre la estension del mal por el dolor; tu madre tuvo un segundo marido, que fué el conde de Lorca.

—Sí.

—Si no me es infiel la memoria, era un Ruiz Gomez de Silva... último vástago de su casa, el que te adoptó por hijo y te dejó su nombre, pues tu padre, juzgado por el tribunal de sangre de Bruselas, se suicidó por escapar á la ignominia del cadalso.

—Es verdad.

—¿No tenia este de su familia una sobrina huérfana.... que tu madre educó como hija suya?... Tú la llamas tu hermana, pero creo que debeis de casaros un día... ¿La amas?... ¿Te mira con indiferencia?... ¿Es ingrata, coqueta?... ¿Infel tal vez?

—Estoy loco, amigo mio... Sí, la amo, y sin embargo, he pasado diez años al lado suyo sin sentir esta fiebre que me devora.

—Tenias un amor muy cómodo. Brava y alegremente pasabas tu juventud.

—¿Te acuerdas del baile que el rey tuvo en el Buen Retiro, y de las representaciones de las comedias de Calderon de la Barca que se dieron últimamente en el estanque grande, donde el teatro estaba sobre barcas, y los espectadores en falúas?

—Así fué, para celebrar los dias del príncipe de Asturias don Carlos... Entonces se presentó tu hermana adoptiva con todo su esplendor...

—Aquella apresurada multitud de cortesanos, aquellos ojos, aquellas voces que siempre y por do quier la seguían, me destrozaban el alma. Hubiera dado desde entonces mi existencia toda por una sola palabra, por una sola mirada suya. Por la vez primera vi cuán hermosa era, y... que la adoraba... porque estaba celoso de un gesto, de un saludo; en fin, del rey... de todos.

—El rey Felipe IV no se separó ni un momento de ella durante el baile; aquella misma noche ya muchos no hacían la corte á la Calderona, y el conde-duque de Olivares acompañó á tu madre y á su interesante hija adoptiva al retirarnos al amanecer del palacio del Buen-Retiro.

—Pretende amarme, dijo Federico, todo entregado á su pensamiento, empero yo no lo creo, no puede ser.

—¿Y por qué?

—Sepámos primero si mi madre ha ido á la iglesia del Rosario...

—Con tu bella adorada... Este guardacanton que duerme aquí delante de la casa, nos lo dirá sin duda... ¡Hola!

Y al mismo tiempo, tocándole con el pie despertó al mendigo; este, que sin duda se había enterado de la

conversacion de los dos jóvenes, volviéndose hácia ellos les dijo:

—No entreis, no está en casa la condesa.

—Gracias, respondió don Fernando; y al mismo tiempo, dirigiéndose á don Federico, le dijo: será preciso que aguardemos aquí, y entretanto podríamos hacer pasar el tiempo haciendo hablar á Pedro.

—Es que yo no quiero responder, contestó el mendigo.

Pedro era un mendigo de quien se habia ocupado por mucho tiempo Madrid. Era un hombre á quien se le suponía poseedor de mucho dinero, tan rico como un judío, y no se comprendía el objeto de haberse dedicado á aquella triste vida, en la que parecia hallarse muy contento. Otros le tenían por un loco, y lo que era cierto es, que tenía una grande misantropía. Huíanle varios señores ancianos de los tiempos de Felipe II y Felipe III, y á estos era á los que con preferencia alargaba su mano para pedir una limosna. La generalidad le tomaba por demente, y no se sabía ni de donde habia venido ni en qué habia pasado los años de su juventud y de su edad provecta.

Don Fernando y don Federico, al ver que comenzaban las gentes á salir de la iglesia del Rosario, se retiraron precipitadamente á un lado para no ser vistos de los que salían, y al mismo tiempo ver si llegaban la condesa y doña Juana, á quienes estaban aguardando.

Aprovechó don Fernando esta ocasión para preguntar á don Federico el objeto con que allí le habia traído, y éste le manifestó que un hombre desconocido se paseaba muchas veces por delante de la casa en que vivía doña Juana y que al entrar y salir de la iglesia la seguía varias veces sin hablarla y se colocaba no lejos de ella.

—¿No sabes el nombre de ese hombre?... ¿No has podido ver su rostro?... ¿No se queja Juana de esa persecucion?

—No, Juana no se queja, y el desconocido permanece siempre embozado en su capa.

—Grave es el asunto; ¿y tú querías saber?...

—Si es buen mozo, joven y valiente.

—¿Tenemos mas que entrar en la capilla?

—Si, vamos á observarle.

—Bonito pasatiempo me proporcionas; y al decir esto se dirigieron los dos hácia la iglesia.

Quedó por un momento sola la calle: en la parte que ocupaba la casa de la condesa, Pedro permanecía siempre echado á la puerta de ella. Pasó por delante un caballero embozado hasta las cejas y mirando con atencion las ventanas de la casa de la condesa. Llegóse al mendigo, y tocándole ligeramente en el hombro, le dijo:

—¡Hola, amigo!... Tú que estás siempre durmiendo bajo este pórtico, dime....

—¿Cómo! ¿Soy ya vuestro amigo? preguntó el mendigo.

—Perdona, el amigo de un hombre como tú es el que le da, contestó el caballero; y al mismo tiempo le alargaba una bolsa. Ahora quiero saber de tí....

—Guardaos ese bolsillo, guardaoslo.

—Una palabra, una sola.

—Estoy durmiendo.... Buenas noches.

—¿Qué debo hacer para conseguir que me escuches? contestó el caballero.

—Mi amistad ni se da ni se vende.

—Todo se vende,

—¿Habeis regateado el sol?

—Aguardaré á que te despiertes, contestó el caballero, estás soñando....

—¿Lo creéis así?

—Sin duda; en la calle se hace uno servir del primero que pasa.... y yo quiero....

—¿Yo quiero! maneras reales que sentarian bien en el Escorial ó en el sitio del Buen Retiro, y aqui estamos en la calle.

—Aguarda, ¿te llaman Pedro?

—Si, ese es mi nombre.

—¿No eres tú ese hombre de quien habla todo Madrid? Ese mendigo haragan, ese adivino tan profundo y tan altivo con sus harapos, ese sómbrio misántropo sarcástico, que parece un sábio de los antiguos tiempos, un nuevo Diógenes?

—Os equivocais; si no me es infiel la memoria Diógenes queria encontrar un hombre....

—¿Y tú?

—Yo renuncio á ello.

—Pasas por brujo....

—Anuncio las desgracias al que tiene la locura de venirme á preguntar el porvenir, y conociendo la época en que vivimos jamás puedo mentir: por el pasado en que he vivido tengo mi seguridad, y seria rico si quisiera vender mi silencio. En cuanto al presente.... observo y adivino. Vos no habeis hablado de vuestros proyectos aqui: pues bien.... los conozco.

—¿Tú? respondió con asombro el caballero.

—Creo conocerlos. Mirad, vuestros ojos no se han apartado un momento de esas ventanas, y ademas venís sembrando el oro.... Un hombre á vuestra edad generoso, si no es un marido celoso, es un enamorado.

Pensativo quedó el caballero, y despues de un momento de silencio le dijo:

—Pues bien, sea magia ó esperiencia lo que te hace hablar así, respóndeme.

—¿Por qué no? Y señalando la iglesia, continuó el mendigo: allí os aguarda un rival que va á seguir vuestros pasos para saber vuestros designios y cómo os llamais; mirad y ved si cumple á vuestra gloria y á vuestro nombre á lo que vais á esponeros.

—¿Tú has sido rico? le dijo el caballero despues de una breve pausa.

—En otro tiempo....

—¿Quieres serlo todavia? Trabaja por mi cuenta.... y mañana nadarás en oro. La fortuna te dará el derecho de ser insolente, te podrás vengar.... humillar con tu opulencia á los que te han preparado tu triste existencia.

—Me vengo mucho mejor al alargarles la mano.

—¿No sientes un movimiento de vergüenza al mendigar?

—¿Por qué?... El que da cuenta con los favores del cielo, porque el hombre es así, pide dando... Yo no doy gracias... no les debo nada, aunque tome la moneda que me alargan, porque lo hacen para que Dios les vuelva un día ciento por uno.

—Bien puedes aceptar mi dinero al mismo interés y precio... Empero, ¿crees tú que el mundo es tan inicuo y falso cual tú lo crees?... Busca en tu cabeza: ¿no hay en ella un recuerdo de pasión, de amor ó de fiel amistad? ¿No hay nada en tu pasado?

—Sí, un solo hombre ha podido amarme.

—Pues bien...

—Ha muerto y nada me ha quedado; este es el solo pesar de mi vida.

—Entonces me dirás, Pedro, de qué medio podré valerme para poderte sujetar á mi poder; con cualquiera otro creo que me hubiera sido fácil.

—Vos, señor, sois un hombre poderoso, yo conozco los secretos dolorosos que guarda vuestro corazón y podría deciroslos; yo os admiro y compadezco porque en medio de vuestro poder teneis debilidades que os colocan al nivel del último de vuestros... vasallos... y no habeis sabido sofocar esas sublimes debilidades.

Hizo un movimiento de sorpresa el caballero desconocido y continuó el mendigo:

—Vos teneis la fuerza, yo no tengo mas que el odio; grandes señores me han afrontado cobardemente y yo me vengo... Pero me vengo con un epigrama, y mi venganza aun les atraviesa el alma. Vos, habiendo deseado un hermoso día poseer toda la España, sois el sol; derechos, homenaje, poder, todo lo teneis; habeis mirado una provincia y podeis dar el nombre de ella á cualquiera y convertir al último mortal en un duque, en un grande, en un príncipe. Midiendo la altura de vuestra mirada, con un signo haceis temblar todas esas frentes que no pasan de la orla de vuestro manto real. Sí, no os admire, sois... el rey Felipe IV!!!

—¡Silencio! dijo el rey, si no necesitas mas que un brazo para elevarte á la gerarquía que quieras, coge el mío.

—¿Me lo ofreceis?

—No me des las gracias, he encontrado un diamante... ¡pardiez! y lo recojo.

—¿Os burlais, señor?

—No, he descubierto en tí el hombre que necesito, y tú puedes exigir porque lo que te ofrezco es un pacto. Quiero que sea fecundo tu odio y que me sirva. Tú me has dicho que solo tienes en este mundo que vengarte, Pedro; cualquiera otro sentimiento se estingue bajo el frío del desengaño; el hombre fuerte es el que no tiene mas que una idea... cualquiera que sea, vengarse, conseguir un deseo, y que impone á todo como una necesidad. ¿Tú estás en este caso?... Dime la verdad.

Después de una corta pausa, y cual si vacilase en rasgar lo que por tantos años habia sido el secreto de su vida, el mendigo con aire noble y desenvuelto, dijo:

—Yo era rico, joven, alegre y así no temo que me reconozcan. Tenia muchos amigos, á todos los amaba; tenia tambien una muger de la que fui esposo, y un niño adorable; débil criatura este cuya frente besaba y con cuya rubia cabellera jugaba, pasando los días en amarlos! Todo respiraba en torno mio amor, placer y felicidad. Desde la cima de la grandeza, de la fortuna y de la gloria, me vi derribado una mañana. Me hallaba entonces en Flandes; las guerras religiosas la habian inundado en sangre; un tribunal terrible arrastraba á él sin compasion á cuantos creia eran amigos ó favorecedores de los que proclamando la religion reformada, querian tambien la independencia de su país. Injusta, inicua, me vi complicado en un proceso y se abrieron para mí las puertas de una prision... ¿Cómo!... ¿Por qué?... Poco os importa, es un recuerdo que ya el tiempo ha borrado. Cuando llegó el día

fatal, me estremezco aun, me leyeron la sentencia y vi á mi lado una muger que lloraba y mi hijo!... Un niño no comprende cuando se va á morir, y jugando por la noche sobre mis rodillas, me decia: ¡mañana volveré!... Yo veia delante de mí al carcelero que lloraba. Aquel hombre tenia un corazón que no habian endurecido la vista de los calabozos; no habia olvidado un beneficio que yo le habia hecho. Cuando estuvimos solos, cortó las ligaduras que me sujetaban, tomó mis vestidos y me dió los suyos y me hizo huir. Al verle tan tranquilo, juzgué que era cosa fácil y estaba seguro de salvar mis días. Sin embargo, corri en vano por todos los largos corredores oscuros de aquella fortaleza donde gemian tantas víctimas. Me perdí en aquel recinto y á la mañana todavía me encontré en él sin huir. Aquel hombre habia sustituido el cadáver de uno de los muchos prisioneros que allí amontonaba el odio de las contiendas civiles, le habia desfigurado el rostro y colocado su mano en actitud de herir su corazón con un puñal. Llevaban aquel cuerpo muerto y desfigurado, y todos creyeron que yo, don Gaspar Figueroa, me habia suicidado. Así que vi enterrar el que creian mi cuerpo, logré huir. Tomé entonces el nombre de Pedro. Mi felicidad concluyó aquí. Erré por los países extranjeros dos años, llegué á Madrid, señor, con los pies descalzos y entré en una iglesia á dar gracias á Dios, cuando una muger sentada en un banco de terciopelo se presentó á mis celosos ojos. Oraba por su nuevo esposo, el conde de Lorca, Ruiz Vazquez de Silva. Un niño de hermosa y rubia cabellera, estaba arrodillado á su lado y la reconocí. Era siempre hermosa. Huí con el corazón desgarrado... Blasfemé... Creia aliviarme. No sé á dónde iba, cuando volví á abrir los ojos y aguardé en el sitio acostumbrado á mis amigos de otro tiempo. Iba á ponerme en frente de ellos y como de un leproso, todos se apartaban de mí... En aquel terrible momento hubiera bendecido una mano segura y pronta que me librase de la vergüenza... ¡Ah! mis nobles amigos rehusaban un gesto, una mirada, una palabra furtiva á este hermano proscripto por miedo de que no se presentase alguna arruga á la frente de su señor y de su rey... Nome maté... Esto me hizo pensar que debia vivir para vengarme. Determiné presentarme á sus ojos en forma de mendigo, pedirles su dinero moneda á moneda yo mismo cual un vivo remordimiento, y cual un espectro llenarles de terror al decirles, Dios os lo pague.

—¿Y si tus padecimientos escudiesen á la felicidad que te proporciona la venganza?

—Tengo todavía un veneno que habia preparado en mi prision de Bruselas, y que hubiera tomado si el carcelero no me hubiese dado libertad.

—¿Y tu hijo?

—Una noche entré furtivamente por la ventana queriendo abrazarle, sin darme á conocer, y me dió, crispándose las manos de terror: piedad, no me mateis. Idos... idos, tengo miedo. Desde entonces, ¿qué quereis, señor, que haga! no creí en nadie. Dudo hasta de mí mismo.

—¿Y que! le dijo el rey poniéndole la mano sobre el corazón ¿no sientes nada aquí?

—No, le contestó tranquilo el mendigo; huid, señor, los malvados han secado enteramente mi corazón con su ingratitud: al presente... infame es el decirlo, para tener un amigo no tengo bastante alma.

—Bien, no hablemos mas; es tarde, las gentes van á